



JUAN LUIS SIMAL: *La era de las grandes revoluciones en Europa y América (1763-1848)*, Síntesis, Madrid, 2020.

Resulta difícil en una síntesis de poco más de trescientas páginas y apta para todos los públicos dar cuenta suficiente de un periodo tan complejo y fundamental para entender nuestra modernidad política como es esta “era de las revoluciones” que aquí se nos presenta y que abarca casi un siglo. Época convulsa y violenta en la pugna entre revolución y reacción, que finiquitó el Antiguo Régimen para dar paso a un nuevo escenario político en el que naciones y pueblos pasaron a ser los nuevos protagonistas a la luz de nuevos principios como los derechos individuales, la libertad y la igualdad, la soberanía nacional, el constitucionalismo, las ideologías o la democracia, y en la que los primeros grandes procesos de descolonización vieron la luz; pero que no estuvo exenta de profundas limitaciones y contradicciones, como las nuevas desigualdades sociales fruto de la revolución industrial y la emergente economía de mercado; una historia heterogénea y no lineal, en la que se entremezclaron lo nuevo con lo viejo, las especificidades de circunstancias particulares con corrientes y procesos de alcance global. Juan Luis Simal, profesor de Historia Contemporánea en la Universidad Autónoma de Madrid, ha sabido enfrentarse al enorme reto de presentarla de modo sintético pero coherente y novedoso, en una obra de fácil lectura, pero de exigente contenido, y lo ha hecho de forma exitosa y, por qué no, ciertamente apabullante.

Nos hallamos pues ante una obra que podría ser considerada un manual para estudiantes, dada su claridad y sencillez expositiva, pero que supone un soplo de aire fresco en el acartonado género de los manuales académicos; y es que Simal no rehúye, en pos de esa síntesis y esa sencillez, la complejidad histórica en la que no hay cabida para las simplificaciones o los lugares comunes. Incorpora asimismo las miradas historiográficas más recientes sobre el periodo, que le hacen evitar, por ejemplo y ya desde su título, los tradicionales adjetivos de “atlánticas” o “liberales” comúnmente asociados a estas revoluciones, porque es consciente de que en esas revoluciones hubo igualmente un importante componente de tradición intelectual republicana, y se extendieron también por el mar Mediterráneo hasta el Imperio Otomano.

Bregado en las aportaciones de la historia transnacional más actuales y especializado en las transferencias políticas, intelectuales y culturales del novecientos europeo, Simal avanza a través de once capítulos de forma cronológica y regional, pero sin caer en la trampa nacional como marco de referencia, puesto que se trata precisamente de un periodo en el que los Estados nacionales emergen como resultado y no como punto de partida, y en el que los procesos que trascienden las fronteras constituyen un elemento insoslayable.

Su esfuerzo de síntesis tampoco cae en las ausencias flagrantes, en un recorrido tan amplio que cubre no solo un gran arco temporal y extensos territorios marcados por realidades, procesos y acontecimientos particulares, sino que integra de forma excepcional enfoques que van de la historia política a la historia económica, pasando por las relaciones internacionales o la historia intelectual. Su lectura, así, no resulta solo recomendable para estudiantes o aficionados, pues no cabe duda de que también los historiadores profesionales encontrarán datos desconocidos o aspectos novedosos en sus páginas.

Más allá de las grandes revoluciones estadounidense y francesa presentadas tradicionalmente como paradigma, el recorrido múltiple planteado aquí arranca, y esto pudiera sorprender, con el fin de la guerra de los Siete Años (1763), para presentarnos en un capítulo que hace las veces de antecedente la situación del mundo occidental en las postrimerías del Antiguo Régimen: unas sociedades desiguales y jerárquicamente estructuradas por unos poderes monárquicos e imperiales en creciente competición por su expansión e influencia global, y sumidos ya en esa segunda mitad del siglo XVIII, tal vez de forma algo inconsciente o a su pesar, en el inicio de transformaciones profundas; de la nueva efervescencia intelectual conocida en Europa bajo el nombre de la Ilustración (fenómeno cultural en cuya exposición el autor presta especial atención a sus diferencias, sus límites y contradicciones), a los cambios económicos que empezaban a despuntar y los consecuentes procesos de reforma emprendidos por las distintas potencias imperiales, de la administración colonial a la búsqueda de eficiencia fiscal urgida por el endeudamiento –y desde luego no con la intención de socavar su poder absoluto, sino de consolidarlo a través de la modernización. Un último apartado de este primer capítulo se consagra a la problematización del supuesto vínculo histórico entre Ilustración y Revolución, auspiciado en su momento por los primeros intelectuales contrarrevolucionarios y tradicionalmente avalado por narrativas históricas de carácter teleológico cada vez más cuestionadas.

La formación de los Estados Unidos de América no se limita aquí a la exposición de ese momento inaugural en el que las trece colonias declararon su independencia del Imperio Británico en 1776 como culminación del conflicto colonial creciente: punto de partida del capítulo 2, que abarca hasta el debate federalista y la final aprobación de su Constitución federal en 1787-1789, presenta acertadamente las complejidades del proceso, con una sociedad no solo enfrentada a los británicos o

dividida entre independentistas y “loyalists”, sino en cuya lucha contra la monarquía jugaron también un papel fundamental esclavos, nativos americanos o potencias imperiales rivales, para dar finalmente a luz trece estados independientes o una nueva nación, en un pulso que durante más de una década tensionó las posturas acerca del tipo de Estado y régimen político a establecer. El análisis de ese nacimiento de la gran democracia norteamericana continúa en el capítulo 5 (de la primera presidencia de George Washington a la de Madison y la guerra de 1812, con énfasis en la formación del primer sistema de partidos y las tensiones fronterizas y sociales) para culminar en el capítulo 10 con la democracia jacksoniana, su expansión territorial y el despegue de su prosperidad material, cuyas sombras tampoco nos son escatimadas, de la doctrina del destino manifiesto al crecimiento exponencial de la esclavitud, pasando por el aplastamiento de las naciones indias.

El gran proceso revolucionario francés (1789-1799), umbral de la contemporaneidad europea, se analiza en un extenso y denso capítulo 3, en el que se suceden vertiginosamente los acontecimientos y cambios de régimen acaecidos en esa turbulenta década de fin de siglo, para continuar en el capítulo 4 con la herencia revolucionaria, o su claudicación, encarnada en el Imperio de Bonaparte y las guerras napoleónicas extendidas por todo el continente. Lejos de centrarse exclusivamente en las vicisitudes de la Francia continental, ambos capítulos dedican sendos apartados a otro proceso revolucionario tal vez menos afamado, pero no por ello insignificante: la independencia de Haití, primera independencia latinoamericana aprovechando la crisis y contexto bélico de la metrópoli, y a medio camino entre la rebelión de esclavos y la revolución independentista de planteamientos liberales. Tras la primera caída de Napoleón, un capítulo 7 se consagra al proceso de Restauración, enfocado en Francia (del regreso de los Borbones a los Cien Días del Emperador, hasta llegar a su reintegración en el sistema europeo en el congreso de Aquisgrán y la oposición liberal del “justo medio”) para abrirse a la reorganización del mapa político europeo y el restablecimiento del principio legitimista en Europa; restauración y contrarrevolución presentadas no tanto como un paso involucionista, sino como una nueva fase en el proceso modernizador, desde posiciones firmemente conservadoras pero que no pudo renunciar por ello al legado de la revolución en su totalidad, y que dio paso a un nuevo sistema europeo de equilibrio de poderes y congresos periódicos.

Las revoluciones en el mundo iberoamericano son objeto destacado de este libro, aupándolas a un lugar preeminente en esta historia de las “grandes revoluciones” frente a otras lógicas pasadas de modelo y periferia, imitación y contagio. La crisis de las antiguas monarquías imperiales lusa e hispánica con la invasión de las tropas napoleónicas crearon un vacío de poder en las metrópolis europeas que convulsionaron el *statu quo* político y social en sus territorios americanos. La guerra de Independencia, proceso revolucionario en sí mismo que culminó con la proclamación de la primera constitución española en 1812, agitó a las elites

(peninsulares y criollas) en torno al debate respecto a su encaje y relación con el imperio, entre la lealtad al legitimismo de Fernando VII, el miedo al contagio revolucionario francés visto en Haití, o el empapamiento de los nuevos ideales liberales de representación y autonomía frente a la creciente desconfianza hacia los poderes peninsulares. El proceso de formación de Juntas y elecciones para las Cortes de Cádiz desencadenó un sinfín de conflictos que trastocaron la organización institucional imperial, y que se extendió a través de numerosas guerras civiles donde no solo se contestaba la sumisión a la monarquía española ahora interrumpida, sino los poderes de cabildos y capitalidades de los respectivos virreinos sobre ciudades y territorios.

El rechazo a las interpretaciones teleológicas en que incide esta obra del profesor Simal, lejos de toda visión lineal e inevitable de la historia, muestra cómo el complejo proceso revolucionario e independentista iberoamericano no estaba necesariamente destinado al desgajamiento del imperio y la formación de las nuevas repúblicas y Estados nacionales (cuya conformación definitiva, tema desarrollado en el capítulo 9, también fue un camino arduo y accidentado, plagado de conflictos y contradicciones hasta mediados de siglo), y solo la respuesta militarista y despótica del restaurado Fernando VII inclinó definitivamente la balanza hacia las independencias por encima de los intentos de reconciliación o confederación fallidos. Aunque más brevemente, ambos capítulos se ocupan del caso luso-brasileño, en el que las guerras napoleónicas desplazaron la corte portuguesa a Río de Janeiro creando un inesperado desequilibrio de poderes entre la antigua metrópolis y el pujante territorio brasileño que acabaría, con la siguiente oleada europea revolucionaria, en la emancipación del Imperio de Brasil.

La oleada de revoluciones europeas de la década de 1820 que reactivó el ciclo de protesta liberal frente a los poderes de la Restauración (capítulo 8) devuelve el protagonismo a España y Portugal, junto con otros territorios del sur de Europa: el restablecimiento de la Constitución de Cádiz mediante pronunciamiento militar prendió la mecha para un estallido de proclamas constitucionalistas desde el Reino de las Dos Sicilias y el Piamonte a Oporto; la Santa Alianza europea trató estas nuevas revoluciones que venían a trastocar el orden europeo en sucesivos congresos donde se acordaron actuaciones coordinadas para reestablecer militarmente el orden, pero también se evidenciaron, y de forma cada vez más acusada, las diferencias, recelos y tensiones entre las principales potencias y su frágil equilibrio, frente a la generalización de movimientos, sociedades y conspiraciones liberales, exilios y redes transnacionales que alcanzaron hasta la Rusia zarista y la guerra de Independencia griega, en el contexto de la crisis del Imperio Otomano y los enfrentamientos ruso-turcos, extendiendo consigo una fuerte oleada de filohelenismo en toda Europa (interesante tema ampliamente desarrollado en este libro).

Si bien podía resultar sorprendente, aunque justificado arrancar la era de las “grandes revoluciones” en 1762, más cuestionable, o acaso engañoso, resulta su

prometido punto y final en 1848, fecha del último gran estallido revolucionario general en Europa, punto de inflexión mediosecular a caballo entre las últimas revoluciones liberales, las primeras socialistas y los pujantes nacionalismos. El estudio de este último ciclo revolucionario fundamental en la historia europea, renovado hoy por las aportaciones de nuevas interpretaciones historiográficas, daría por sí solo para una nueva monografía igual de extensa, y se resuelve aquí con breves pinceladas anticipatorias bajo el título de “el camino a 1848”, en un último capítulo que se ocupa igualmente del otro ciclo revolucionario de 1830 (la revolución de Julio francesa, la independencia belga, el levantamiento de Varsovia, las revoluciones en territorios alemanes, la “Regeneración” suiza o el *Risorgimento* italiano). Sorprende y desentona la breve y concisa exposición de todos estos acontecimientos tan destacados, comparado con el desarrollo detallado ofrecido en capítulos previos.

La era de las grandes revoluciones no se limita, con todo, a una mera descripción de los hechos, sino que se articula de forma crítica y a través de diversas miradas interpretativas, en las que el propio autor deja asomar sus opiniones. Siendo así, tal vez se eche en falta un capítulo conclusivo, en aras de recabar una mirada global y explicitar sus principales tesis (aunque ese papel lo cumplen en buena medida sus páginas introductorias). Su ausencia, junto a la debilidad mencionada de su último capítulo, pueden dar la sensación de un trabajo terminado bajo las imposiciones del calendario o las demandas de límites de extensión editoriales. Pero no restan valor y alcance a la obra en su conjunto, sobradamente probados. A cambio, incluye como colofón una breve selección de textos comentados, de Sièyes a Mazzini, lo que resalta la importancia de las ideas y los discursos en los acontecimientos históricos, así como una detallada cronología de estos últimos y una acertada selección bibliográfica de los principales y más actuales trabajos sobre el periodo estudiado a nivel internacional.

Nere Basabe Martínez

Universidad Autónoma de Madrid

nere.basabe@uam.es